

La mirada

“Quien no comprenda una mirada tampoco comprenderá una larga explicación”

Hace algo más de tres meses coincidí en el servicio de urgencias del hospital “Rafael Méndez” de Lorca con un –no sé exactamente como definir nuestra relación– amigo, conocido... en cualquier caso se trataba de un hombre de 71 años de edad que como tantos otros pasaba por el trance aparentemente rutinario de enfrentarse a la batalla que te somete a veces el organismo: los propios miedos que provoca la incertidumbre por lo que nos depara el futuro. Él estaba allí para ser ingresado en una revisión casi rutinaria, y yo por una dolencia insoportable de espalda. La conversación que duró alrededor de una hora, habría dado mucho de sí, pero el altavoz dijo su nombre –José María– y en la premura del momento y lugar nos despedimos deseándonos suerte.

Hasta ahí la anécdota del último encuentro ya que no ha habido otro, ni lo habrá: él ya no está en este mundo y yo he perdido a un ¿amigo, conocido... ¡qué sé yo si eso carece de importancia!? En cualquier caso la gente que lo trató entendió siempre que estaba delante de un gran conversador, un intelectual que dejó testimonio escrito de sus aficiones y pensamientos. Algo muy importante, pues siendo un personaje público podría haber pasado por esta vida como tantos otros dejando solo el sonido de su voz cargada a veces de promesas incumplidas. Él hablaba, escribía y supongo que cumplía lo que prometía.



En esa conversación mantenida en el hospital, ciertamente algo apretujados y sometidos al barullo habitual del gentío que lo puebla, –pero siempre escoltados por nuestros hijos que ejercían de acompañantes– desgranaba con entusiasmo recuerdos en su última etapa como Alcalde de Lorca. Aquella tarde de un domingo caluroso tocó hablar de cuando fue junto con otros lorquinos al velatorio de Franco el 21 ó 22 de noviembre de 1975. Del frío que pasaron en una cola que duró casi un día entero antes de pisar la moqueta del salón donde se exponían los restos del Jefe de Estado. La anécdota que contaba,

divertidísima, de aquella noche fría de noviembre se interrumpió cuando estaba en su mejor momento. Lo llamaron por los altavoces y como decía anteriormente nos despedimos con la idea de continuar cuando nos recuperáramos en torno a un buen vaso de vino en la Venta de la Torrecilla, como solíamos hacer a veces.



Los niños miran entre divertidos y confiados a su madre

Pero mi reflexión, pesar o inquietud, al margen de la pérdida de un hombre al que llegué a apreciar –fuera parte antiguos desencuentros–, es que la conversación la mantuvimos sentados en línea, hombros pegados, alineados, sin la posibilidad lógica de enfrentar miradas. Daría algo importante de mi persona haber tenido en ese momento los reflejos suficientes para sacar una foto. La cámara, mi compañera de viaje que siempre me acompaña, quedó enfundada. Tanto como la mirada perdida en la fila de asientos de enfrente.

El recuerdo de esta última mirada a amigos que se marcharon prematuramente me acompaña con más nitidez de la que podría testimoniar una foto. Fueron aquellos unos instantes acompañados de una sonrisa, que a pesar de la distancia me transmitió calidez y amistad como casi siempre ocurría. O bien aquella otra del amigo que pasó a apenas tres metros conduciendo su coche y me lanzó una mirada de preocupación. Así la entendí al menos.

En nuestra cultura, la desaparición traumática de una persona más o menos cercana nos deja un pesar difícil de sobrellevar, que se acrecienta por el grado de cercanía afectiva o familiar. Cada vez que he tenido ocasión –es una situación harto improbable de conseguir o manejar– he tratado de congelar el instante vivido pensando que por razones innecesarias de explicar, me estaba despidiendo de ella.

Si había lugar nos cogíamos de la mano, pero si el pudor no superaba esa barrera, quedaba **la mirada**.

La Torrecilla, 12 de noviembre de 2017